

Prólogo

La ciudad se extendía bajo el cielo como un animal dormido, palpitante de luces. Desde los ventanales del ático, Madrid parecía ajena al juego que se tejía en la penumbra de aquel dormitorio.

La habitación era moderna, decorada con un gusto frío y caro: líneas rectas, acero pulido, mármol negro, luces tenues. La música, lenta y húmeda, reptaba por el aire como una serpiente entre las sábanas revueltas. Todo olía a dinero y placer.

Ella se movía con una elegancia medida, calculada, como si cada paso formara parte de una coreografía íntima. El vestido de lentejuelas azul le abrazaba el cuerpo con descaro, brillando con cada movimiento bajo las luces indirectas. Las sandalias de tacón, del mismo azul intenso, marcaban su andar con una cadencia que era casi un hechizo y mostraban unos pies delicados con una pedicura en rojo intenso perfecta. Unos guantes de raso, hasta el codo del mismo color que el vestido, terminaban de darle un toque de sofisticación a su aspecto.

Se acercó deslizándose a la mesilla de noche. Junto a las copas altas y aún perladas de champán, dos líneas de polvo blanco esperaban como promesas de lo que vendría. Tomó la copa y bebió sin apuro, mirando hacia los ventanales donde él la esperaba. El reflejo de su silueta se recortaba sobre la ciudad dormida.

La música subió un poco. Ella se giró, sin prisa, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes. Bajo la superficie de su sonrisa latía algo más: una tensión apenas contenida, una sombra en el borde de la belleza.

Ambos se movían sin prisa. Disfrutaban de cada movimiento, de cada contacto, de tenerla entre sus brazos. La contemplaba enfundada en el fantástico vestido de lentejuelas azules que le marcaba las curvas y le realzaba su generoso busto. Al bajar la mirada contempló, sus largas y bien torneadas piernas. Se excitó al imaginar aquel cuerpo en contacto con el suyo, con los senos apretados contra su torso y sus manos acariciándole los hombros.

Tras unos cuantos bailes, comenzó a besar su cuello. Deseaba deleitarse contemplando su cuerpo desnudo. Una descarga de adrenalina le recorrió el cuerpo al pensar en tocarle los pechos desnudos y en notar sus pezones endureciéndose con sus caricias, apretándose contra las palmas de las manos como si desearan huir de allí. Imaginó que se los metía en la boca y ella empezaba a gemir en voz baja.

Aquel vestido azul tan sexy que llevaba, una invitación al pecado, marcaba las curvas de su sensacional figura y se ajustaba a sus pechos generosos y redondos, para luego estrecharse en su esbelta cintura. Ella dio un paso al frente y él la rodeó con sus brazos, con el corazón palpitándole a un ritmo acelerado. Ella deslizó sus manos por encima de los hombros de él y le sonrió con aquellos ojos azules tiernos y húmedos. Cuando los dedos de ella se enzarzaron en su cabello, un escalofrío le recorrió la columna. Apoyó la cabeza en su pecho, y su dulce y delicado perfume lo ensimismó. Los labios de ella le rozaron el cuello, y todo empezó a dar vueltas.

Mientras se movían al ritmo de la música, ella se apretó más contra él..., mucho más de lo que nunca habría podido soñar. Se excitó al notar el contacto de sus pechos y de sus pezones endurecidos contra su torso. Deslizo las manos por sus hombros desnudos.

Aquella mujer lo estaba hechizando... Rogó para que la música no acabara nunca.

En aquel instante, el lujo, la droga y el deseo flotaron como una atmósfera densa en la habitación. Algo inevitable se acercaba, y ambos lo deseaban.

— Lo que me gustaría —murmuró ella— es que me lo hagas de una vez.

A él se le aceleró el pulso ante aquella insinuación. Nunca había conocido a una mujer tan atrevida. Ella se apretó más contra él, frotándose contra su erección, que crecía rápidamente y desencadenaba un torrente de hormonas por todo su cuerpo.

— ¿Quieres ir a la cama o prefieres hacerlo en la terraza? —dijo, sin que su cerebro tuviera tiempo de procesar aquellas palabras antes de pronunciarlas.

Ella se lo quedó mirando fijamente. Sus ojos centellearon y su sonrisa lasciva volvió a florecer.

— ¿A qué esperas para llevarme a la cama? —le preguntó en un susurro.

Una oleada de calor le recorrió el cuerpo al escuchar el seductor timbre de su voz. Ella le acarició la mejilla, y el suave contacto con el suave raso despertó en él todos sus sentidos. Quería abrazarla apasionadamente, devorarle los labios, pero esperó a que fuera ella quien diera el primer paso. Le rozó los labios con los dedos, incendiándole por dentro, le rodeó la nuca con las manos y lo atrajo hacia sí. El primer contacto delicado con su boca hizo que le palpitara el corazón a un ritmo frenético. Sentía un cosquilleo en los labios que enviaba torrentes de sensaciones por todo su cuerpo.

Fijó la mirada en la turgencia de sus senos mientras ella se llevaba las manos a los hombros para deslizar los tirantes del vestido azul. La prenda cayó suavemente por su cuerpo, quedando completamente desnuda, tan solo con las sensuales sandalias. Ella lo miró dejando al descubierto sus generosos pechos. Tenía los pezones duros. Él se relamió los labios, anhelante de recorrerlos con su lengua.

Le cogió los pechos, deleitándose con el contacto de sus pezones excitados. Se metió uno en la boca, disfrutando al notar cómo la areola se tensaba y excitándose al percibir el duro pezón contra su lengua. Le cubrió el otro pecho con la mano, buscando a tientas el pezón y lo acarició con la punta de su dedo.

Era un hombre de grandes gustos, pero de gustos buenos y malos. Le gustaba el arte, la música y el lujo, pero también las drogas fuertes, el sexo duro y las mujeres inapropiadas.

La mujer que le acariciaba el pecho desnudo era hermosa y se movía con estudiada maestría.

Su largo cabello rubio le salpicaba los hombros desnudos, y los pechos perfectos caían como fruta madura, tentadores.

La chica se estiró e inclinó la boca roja y lo besó vorazmente, agitando la lengua. Él devolvió el beso, succionando profundamente la lengua en su boca. Ella le empujó sobre la cama. Le subió las manos por encima de la cabeza y las sujetó firmemente. Sacó unas esposas de debajo de la almohada, le sujetó las muñecas al cabecero de bronce. Él se dejó hacer con los ojos cerrados de placer.

La mujer se deslizó hacia abajo y se sentó a horcajadas sobre él. Se penetró profundamente meneando las caderas en círculos.

Estaban atrapados en la ardiente lujuria del sexo suplementado por la cocaína y el alcohol.

Ella se movía con una intensidad felina con los ojos cerrados. Subía y bajaba de golpe, empalada en él; arqueó la espalda. Sus pechos eran altos y firmes.

Sus jadeos se intensificaron, y una fina película de sudor comenzó a perlar su piel, dándole un brillo todavía más seductor.

Él sintió crecer en su interior el orgasmo y echó atrás la cabeza dejando expuesto su cuello blanco, con la boca abierta buscando aire y los ojos cerrados.

Se debatió en un delicioso tormento contra la seda que le sujetaba los brazos. Él se crispó y convulsionó por el orgasmo que acababa de tener.

La chica se vistió y le soltó las esposas. Ella se inclinó hacia él. Le mordió la oreja y el cuello con pasión. Sin más palabras se encaminó a la puerta del ascensor que daba acceso directo al ático. Lo llamó metiendo el código en el teclado de la puerta y se marchó sin mirar atrás.

El hombre cerró los ojos. Era tarde. El alcohol y las drogas lo habían sumido en una somnolencia extraña. No era consciente del paso del tiempo. Apenas pudo abrir los ojos. Allí estaba ella de nuevo sentada junto a él. Sujetaba una copa de champán. Le acarició el pecho y descendió hacia su vientre buscando su entrepierna. Sorprendido, abrió del todo los ojos. En su mirada, apenas un segundo de sorpresa que dio paso a otro de puro terror. En la mano de la chica apareció un fino destello metálico. Una navaja afilada y mortal.

Su mano derecha cayó rápida y cruel, y la navaja le perforó la sien.

El cuerpo yacía ladeado sobre la cama, apenas cubierto por las sábanas arrugadas. La sangre comenzaba a secarse en un hilo oscuro que descendía desde la sien perforada, formando una mancha irregular sobre la almohada blanca. La música seguía sonando, suave, como si no supiera que alguien acababa de morir.

Ella permaneció de pie junto a la cama, inmóvil por un instante, contemplando la escena con una calma cínica. Luego, lentamente, empezó a moverse.

Primero se agachó y recogió la navaja del suelo con la punta de los dedos enguantados. La hoja aún chorreaba sangre roja brillante. Caminó hasta el baño, sin evitar mirar su reflejo en el espejo. Allí, bajo la luz helada, abrió el grifo con el codo y dejó que el agua corriera mientras sostenía la navaja bajo el chorro. La sangre se disolvía en remolinos que se perdían en el desagüe. Con un paño oscuro, que sacó de su bolso, secó con cuidado la hoja y el mango.

Volvió al dormitorio. El aire olía a perfume caro, sudor y algo más denso. Se sentó en el borde de la cama y, con movimientos calculados, se puso la pámela azul. Los guantes largos volvían a cubrir sus brazos.

Se agachó una vez más, recogió la copa de champán que había usado, y la llevó a la cocina. La lavó minuciosamente, sin dejar ni un rastro de carmín en el cristal. La secó y la colocó boca abajo en la encimera, justo donde la encontró. Nadie podría decir que estuvo allí.

Antes de marcharse, se desvió hacia el equipo de música. Con precisión, como si siguiera un ritual ensayado, abrió la tapa del reproductor y extrajo un CD envuelto en una funda de terciopelo gris que sacó de su bolso. Lo introdujo con cuidado, pulsó "play" y luego "repeat".

La habitación se llenó de una melodía antigua, hipnótica: "In Velvet Shadows". La música era bella, pero tenía algo roto en su interior, como una despedida que no supo ser dicha.

El tema se repetiría una y otra vez, como un susurro espectral sobre la escena del crimen.

Finalmente, caminó hacia la cama. De su bolso sacó una rosa negra, perfectamente conservada. La depositó con delicadeza sobre el pecho desnudo.

Cruzó el dormitorio una última vez. La silueta del hombre muerto quedaba atrás como parte de una puesta en escena precisa.

La música continuaba, solitaria, cuando ella cerró la puerta tras de sí. Madrid seguía brillando allá fuera, indiferente.

Alberto llegó casi puntual a su cita de las tres. Había forzado todo lo que pudo el coche camuflado de la policía por la M – 30, y luego había conducido como un loco por las atestadas calles de Madrid, maldiciendo a los conductores que bloqueaban los cruces, y el embotellamiento de la hora punta en la zona de la Comisaría. Aun así, su casa quedaba bastante lejos de la sede de la policía, de modo que el reloj marcaba las ocho y cuarto cuando el inspector entró en la comisaría arrastrando el calor pegado al cuerpo, como una segunda piel. El aire acondicionado apenas refrescaba el calor que emanaba del edificio tras días de temperaturas cercanas a los treinta y ocho grados. Vestía un traje ajado de verano, gris marengo, con las solapas algo vencidas por los años. La camisa blanca tenía más arrugas que intención y la corbata, de un estampado que alguna vez fue moderno, colgaba con desgana sobre el pecho. La barba de dos días le daba cierto aire de abandono, aunque su rostro conservaba una atracción involuntaria, de esas que sobreviven al cansancio y al desorden. Había algo en él —quizá en la mirada cansada, o en la manera en que se desabrochaba el botón del cuello de la camisa— que lo hacía auténtico.

Lo recibió el inspector jefe, plantado como una figura esculpida en mármol frente a su despacho. Arturo Mondego era lo opuesto en todo: traje azul noche entallado, camisa blanca impoluta, corbata anudada con precisión matemática. Zapatos brillantes como espejos. Su cabello, perfectamente peinado hacia atrás, no mostraba ni una rebelión. Ni una gota de sudor. Ni una arruga. Era el tipo de hombre que parecía salir cada mañana de un escaparate de lujo, con un aire de eficiencia envidiable.

— La comisaria te está esperando —dijo sin sonreír, señalando con la cabeza hacia el fondo del pasillo.

Y sin más, se giró sobre sus tacones lustrosos y desapareció tras la puerta de cristal esmerilado.

Alberto abrió de un empujón la puerta del despacho de Marta Arango, Comisaria del Grupo de Homicidios de Madrid que formaba parte de la Brigada Provincial de la Policía Judicial.

— Lo siento, Marta —dijo al tiempo que irrumpía en el despacho—. Hoy el tráfico estaba imposible. Llevo atascado media hora.

Alberto parecía mucho más preocupado por el retraso que su jefa. Ella estaba de pie, detrás del escritorio. Cuarenta años, morena, guapa sin esfuerzo, intensa. Llevaba un traje entallado color marfil que realzaba su cuerpo fibroso pero con curvas. Sus ojos, oscuros y firmes, lo escudriñaron sin levantar apenas el mentón. No sonrió. Alberto Moreno era un viejo e incómodo conocido, primero como subordinado, y finalmente como amante. Liarse con un inspector de policía había sido la peor decisión de su vida. Había infringido todas las normas no escritas de la política del departamento y de la ética de su profesión. Pero Moreno tenía un inquietante magnetismo, la quintaesencia de un policía, justo el tipo de atracción que la había llevado a perder la cabeza como una colegiala inexperta. Unos pocos meses de relación, habían terminado de acabar con su matrimonio, y a poner en entredicho su profesionalidad.

No se alegraba en absoluto de verle. —¿Cómo estás, Alberto?

- Aquí estoy. Preparado para lo que quieras —dijo abriendo las manos en señal de que se ponía a su disposición.

El despacho de la comisaria era amplio, sobrio y elegante, como ella. Las persianas a medio bajar filtraban la luz de la mañana, proyectando líneas grises sobre el suelo de madera oscura.

Con un gesto breve, ella señaló la pantalla del ordenador.

- Como cada lunes a primera hora —dijo con voz contenida—, he recibido tu informe psicológico. El de los viernes.

Hizo una pausa.

- Dicen que has mejorado. O que por lo menos te mantienes estable.

Él no respondió. Se quedó de pie, frente al escritorio, con las manos en los bolsillos del pantalón. La mandíbula tensa, la mirada baja, como si cada palabra pesara más de lo debido.

- Voy a volver a sacarte a la calle —continuó ella, sin rodeos—. No la cagues, inspector Moreno.

Él asintió apenas, sin entusiasmo.

- Gracias —dijo, con un tono seco, casi como una obligación.

Ella no pestañeó.

- Eso sí. Tendrás compañera nueva. Recién ascendida. Muy capaz.

Le sostuvo la mirada.

- Es la inspectora que resolvió el caso Lorenzo Velarde. Sí, el ministro condenado por la muerte de Eva Luján. La actriz.

Él no dijo nada. Pero un leve endurecimiento en su rostro —mínimo, pero visible— delató su incomodidad. Los nudillos se le tensaron por un instante. No era precisamente una buena noticia. No le gustaba trabajar con compañeros asignados formalmente. Le costaba socializar.

Ella lo notó enseguida, pero no dijo nada más. Se sentó y comenzó a escribir en el teclado, como si la conversación hubiese terminado.

- ¿Bien?
- ¡Venga! Sabes que estoy bien. ¿Hasta cuándo voy a tener que seguir con estas evaluaciones?
- Mientras quieran los de arriba —respondió ella tranquilamente.

Estaba acostumbrada a la irritación de Alberto. Se diferenciaba en poco de las reacciones de los otros policías que tenía bajo su cuidado. En algún rincón del alma de cada policía acechaba una duda sobre tener una jefa de sexo femenino. En cierto modo era poco varonil tener que acatar las órdenes de una mujer. A muchos les hacía sentir inferiores.

- No sirve para nada —protestó él—. Yo lo sé. Tú lo sabes. Esto es un acoso. Estoy cansado de que traten de buscar en mi niñez las causas de mis adicciones. No tiene nada que ver con eso. Lo sabes Marta. Me dejé llevar por las situaciones, no busquéis orígenes extraños.

- Moreno... - dijo ella sin mirarle a los ojos — Son órdenes de arriba. Y no te quejes. Había gente que pedía tu cabeza. Sí, probablemente sea cierto que esto no sirve para nada. Pero cuanto antes terminemos con estas sesiones, antes podrás olvidarlas. Sabes tan bien como yo que nosotros no dictamos las normas.
- Las normas tampoco sirven para nada —protestó él. —No estas.
- ¿Se puede saber qué significa eso? —Seas consciente de ello o no, Alberto, has tenido un hundimiento como no se había visto en esta Comisaría en toda su historia. Te convertiste en un peligro para ti mismo y tus compañeros. ¿No te sientes culpable?
- Por Dios, Marta, ¿quién no se sentiría culpable? —Sé en lo que me metí. Pero no soy el único culpable.
- ¿Y cómo van las cosas? —preguntó—. En tu vida diaria. ¿Tienes problemas para dormir o algún otro tipo de...?
- Las cosas van bien, Marta. Ya te lo he dicho, las cosas van tan bien como antes de...
- ¿Y en tu vida personal? ¿Hay algo que merezca la pena mencionar? ¿Algo de lo que quieras hablarme?
- Mi vida personal. Si te refieres a mi vida afectiva y sexual...Mi vida sexual va bien. —Hizo una pausa y sonrió—. Bueno, lo cierto es que en ese aspecto nunca he tenido grandes problemas. ¿Acaso no lo recuerdas?
- Eso es un poco infantil, ¿no, Alberto? Es un tema que nos ha salido muy caro. No bromees con él.
- Sí, supongo que sí. Lo siento, Comisaria.
- ¿Bebes? ¿Sigues apartado del alcohol?
- Nada fuera de un par de cervezas al terminar la jornada —dijo. Lo justo para desconectar.
- ¿Cocaína?
- Ni olerla —dijo con énfasis—. Lo he dejado... Ni siquiera fumo ya.
- ¿Cómo llevas lo de no fumar?
- Me siento bastante nervioso, pero lo controlo también —respondió Alberto escuetamente. — Mira, Marta, ¿querrás hacerme el favor de decirles a los que sean que duden de mi comportamiento que ya estoy ajustado a las exigencias de todo buen policía? Diles que soy simplemente un policía normal, sano y totalmente cuerdo.

Él levantó la cabeza, lo justo para cruzarse con su mirada autoritaria.

- Compórtate con tu nueva compañera—dijo—. Para variar...

El inspector frunció el ceño, molesto.

- No soy un puto adolescente —murmuró con un deje de reproche.

Ella levantó la mano, seca, firme, sin mirarlo siquiera. Un gesto autoritario que no dejaba margen a discusión. Silencio. Él lo entendió. Siempre lo entendía.

La comisaria descolgó el teléfono fijo de su escritorio y marcó una extensión.

- Hazla pasar —ordenó con voz breve, sin añadir nombres ni explicaciones.

Colgó con la misma rapidez. Se acomodó en la silla, cruzó una pierna sobre la otra y miró a Alberto como si observara a una bomba a punto de volver a estallar.

- Quiero que la trates con respeto. Y que no me hagas arrepentirme de esto antes del jueves.

El inspector se limitó a mirar un punto invisible sobre su hombro, en silencio. La puerta estaba a punto de abrirse.

La puerta se abrió con un suave clic. Ambos miraron hacia ella.

Carolina Andrade entró con paso seguro, sin vacilar ni un segundo. Vestía un traje pantalón color verde petróleo, perfectamente entallado, que dejaba ver la soltura de su cuerpo atlético, joven, bien entrenado. Su cabello rubio —casi dorado bajo la luz de los fluorescentes— iba recogido en una coleta limpia y alta. Los ojos verdes, despiertos y directos, barrieron el despacho en un instante, midiendo el terreno sin perder tiempo en cortesías.

En la comisaria Arango hubo un destello de aprobación silenciosa. En Alberto Moreno, una ligera tensión en la mandíbula.

La nueva inspectora no parecía intimidada. Se detuvo justo donde debía, ni un paso más ni uno menos, y saludó con un leve asentimiento de cabeza. Ni sonrisas ni servilismo. Profesional.

— Inspectora Andrade —dijo la comisaria—, le presento al inspector Alberto Moreno. Su nuevo compañero.

Los ojos de Carolina se posaron en él. Lo evaluó con la misma rapidez con que se lee un titular de un periódico. Traje arrugado, barba de dos días, aire de resaca o de cansancio crónico. No dijo nada. Tampoco él.

El silencio se estiró un segundo más de la cuenta, denso como una cuerda.

La comisaria, incómoda o divertida, era difícil saberlo, entrelazó las manos sobre el escritorio.

Continuará...